

# CARAS Y CARETAS

LA REVISTA DE LA PATRIA

Año 55

Nº 2.315



Febrero 2016 / \$75



## ARGENTINOS A LA CARTA

# DE CARNE SOMOS

## Civilización y barbarie

POR DANIEL SCHÁVELZON

Para horror de los viajeros que venían a observar las costumbres del nuevo continente, en estas tierras la carne se comía de manera brutal. Los cronistas criollos, descendientes de europeos, relataban los modos bárbaros de los pobres y de los esclavos.



El soldado, en Buenos Aires, en una acuarela de Carlos E. Pellegrini (1830).

**N**uestra historia de qué y cómo comimos en el pasado es interesante por muchos motivos, y no sólo por prurito académico. Hasta que surgió la historia documental moderna y la arqueología preocupada por los restos de los animales usados de alimentos y su estudio metódico, los datos para saber qué se comía salían de quienes nos visitaron. Es decir, de los viajeros que recorrieron, vieron y contaron —

nos contaron, podemos decir— nuestra forma de alimentarnos. Lo que pocos tuvieron en cuenta era que los viajeros europeos veían y describían lo que ellos consideraban exótico, peculiar, diferente. Nadie vendería su libro una vez editado si lo que contaba era que todo era igual a su casa. Romanticismo mediante, era mejor dar imágenes de cuasi salvajes comiendo vacas enteras, sanguinolentas, abiertas en plena pampa para sacar un simple bocado y luego descartadas. Lógico: para

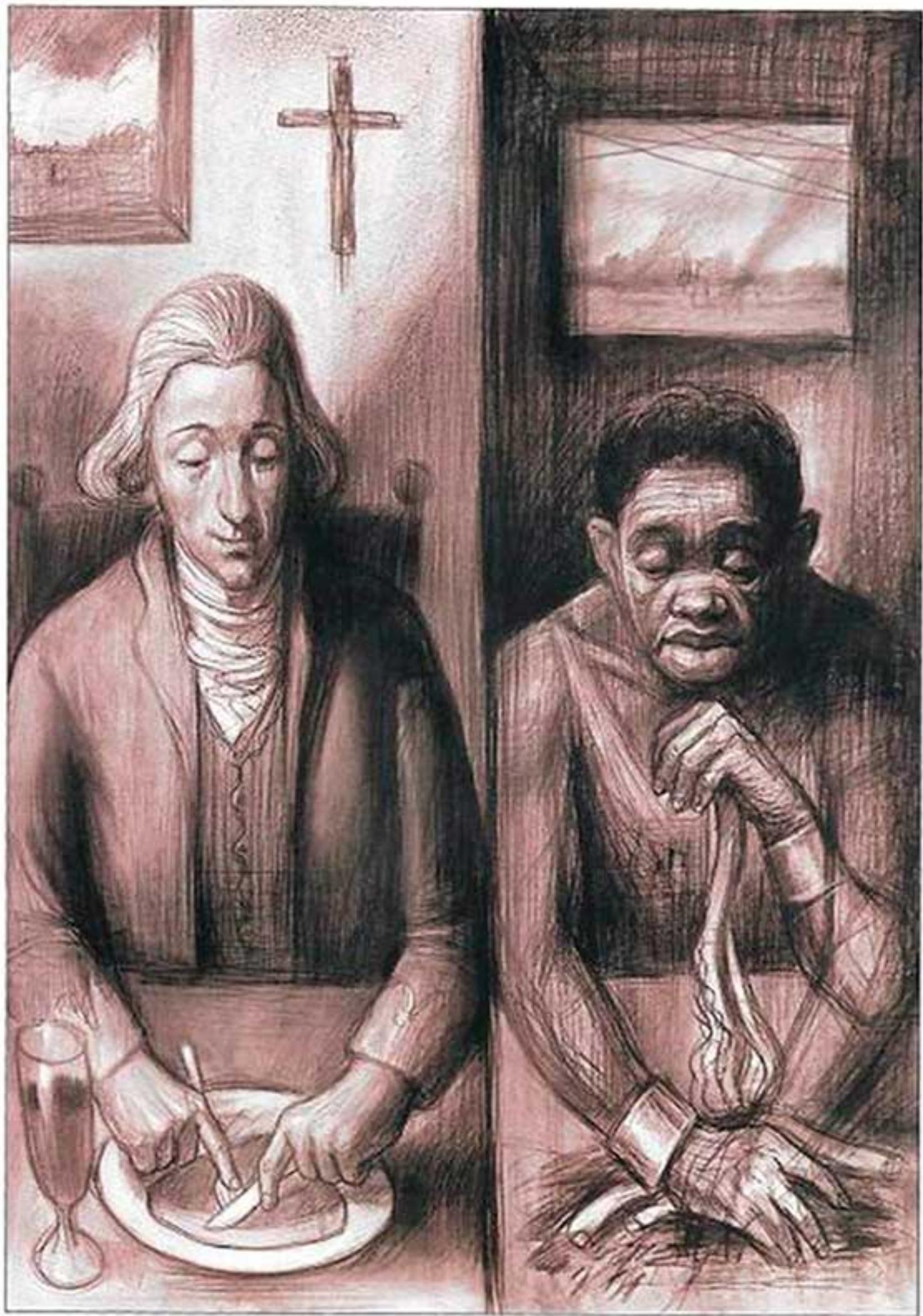


Ilustración: Ricardo Ajler



Mataderos erigidos en la localidad de Liniers. Imagen correspondiente a 1901.

un inglés o francés que consumía unos pocos kilos de carne al año, y para los más pobres que ni la veían y suplían ovejas, mulas y vacas con pájaros, ratas y gatos, esto era increíble. Es cierto que el consumo de carne per cápita era enorme, pero la ingesta no lo era tanto ya que se descartaba mucho, no sólo huesos, nervios y grasas, sino que los cortes eran tan grandes que la mayor parte se terminaba pudriendo. Y eso se encuentra en los pozos de basura de la ciudad: gran cantidad de carne arrojada a la basura, con lo que la preferencia era por los animales chicos: ovejas, carneros, aves de corral o caza; eran tamaños lógicos para una vivienda, no un cuarto de vaca, que era inmanejable en un hogar normal.

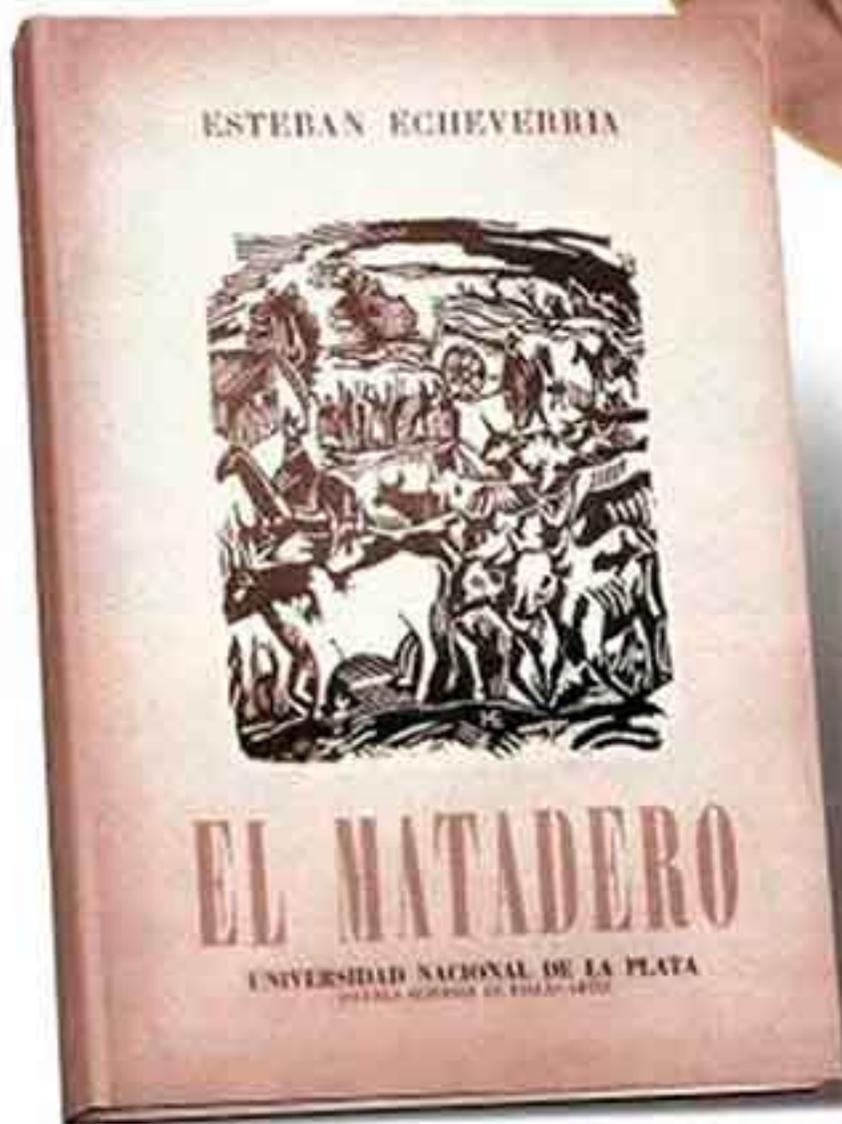
Esto era en la ciudad, en el campo las cosas eran más complejas ya que la carne provenía de una vaca cazada tras largas correrías; era un animal de músculos duros, correoso, que comía y tomaba agua cuando podía. Lejos estaba el siglo XIX con sus animales de cría importados. Por lo que al leer con cuidado a los viajeros y cronistas vemos que la carne, antes de ponerla al asador, se la hervía hasta por horas. El puchero era la base de la dieta porque ablandaba cualquier cosa y se le podía agregar lo que fuera, rico o pobre, algo había por ahí. Y la grasa derretida flotando era un sím-

bolo de riqueza, no de colesterol, porque significaba que había mucha carne y poca verdura, arroz o fideos, o simple galleta quebrada y dura.

#### LA TRISTE HISTORIA DE LAS ACHURAS

Las achuras eran peligrosas —sabemos que es lo primero que se descompone del animal— y no se comían jamás salvo al matar la vaca. En ese momento eran preciadas la ubre y la lengua, manjares de la colonia porque no había que sacarle el cuero a toda la vaca, eran siempre partes blandas y fáciles de comer. El resto se les daba a los esclavos, a los perros o a la basura, que estaban todos en el mismo nivel. En las puertas de los mataderos o incluso de los mercados, las achuras se daban “de balde”, es decir, gratis (había que ir a buscarlas con un recipiente, de ahí el nombre). Porque muchos en la historia se olvidaron que además de la comida familiar y la gauchesca, sea lo que sea eso, un tercio de la población colonial era esclava y no comía de lo mejor, precisamente, y además la mitad de esa sociedad era pobre y descendiente criolla de indígenas.

Nuestro ideólogo de la Independencia y de la idea de construir una nación, Esteban Echeverría, en su relato “El matadero”, escrito en 1838 y editado muchísimo después, cuenta una

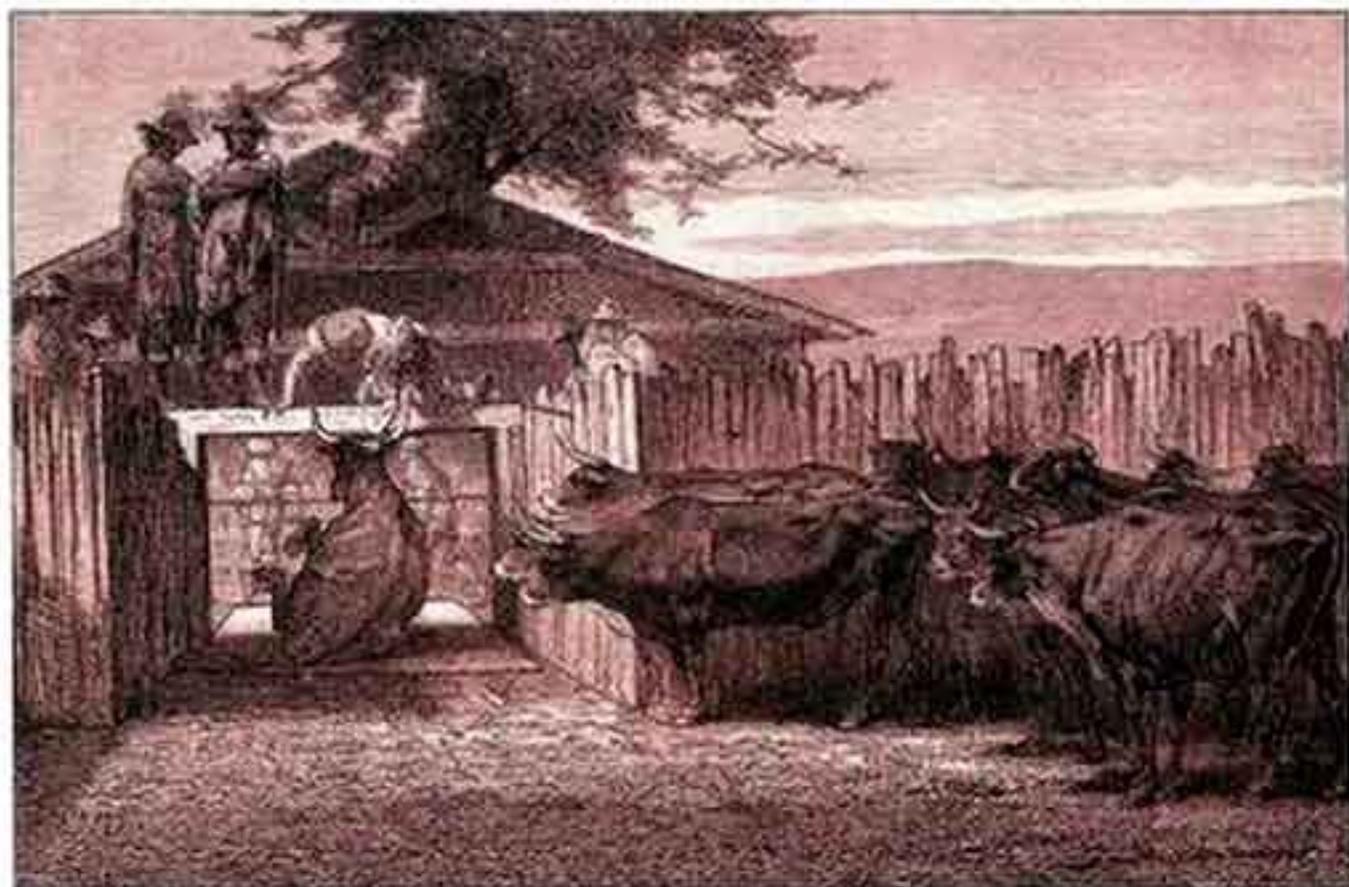


**El puchero era la base de la dieta porque ablandaba cualquier cosa y se le podía agregar lo que fuera. Y la grasa derretida flotando era un símbolo de riqueza, porque significaba que había mucha carne y poca verdura, arroz, fideos o galleta dura.**

historia que, leída hoy, con tranquilidad, puede parecernos imposible. Se trata de la "negra achuradora", para quien no se usaba esa palabra en el sentido actual de matar sino de quien se llevaba las achuras. En realidad, lo que hacía era llevarse lo que se descartaba de la faena del matadero, para poder comer ella y los suyos. Esas "negras achuradoras" peleaban hasta con los perros para conseguir algo de carne por mala que fuese. Echeverría, para mostrar su desprecio por ese

par y extraer cuanto fragmento de grasa pueda hallarse en los tripas que se abandona por todas partes (...), estas asquerosas arpias...".

No era solamente la visión de la humillación por la que debían pasar esas gentes para poder comer y sobrevivir en condiciones infrahumanas, sino una manera de entablar un diálogo con sus iguales acerca de los otros. No veían miseria humana, veían ese mundo que querían no ver más, que consideraban primitivo y salvaje sin



Postal típica de un matadero a fines del siglo XIX.

mundo que consideraba inferior, el de la población afroargentina, lo describía tratando de robar partes desechadas de la vaca, y para eso se "mete el sebo en las tetas" y "se arroja cuajones de sangre" con los otros muchachos. No era diversión, era lucha. No casualmente el moradongo, el interior del estómago, que nadie quería comer, quedó hasta hoy con su nombre africano. Ese texto fue escrito antes de la independencia de los esclavos, pero parece que nada cambió por muchos años ya que el viajero inglés Thomas W. Hinchliff, en 1861, dijo casi lo mismo: "Sobre un barro sanguinolento, charlando y chillando como unas urracas a propósito de la asquerosa operación de ras-

entender que ellos mismos eran parte de que eso siguiera existiendo. No era diferente para José Mármol en su *Amalia*, de 1851, cuando describía indignado a los afroargentinos como una enorme oleada "que había roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras", para intentar mezclarse con el resto de la sociedad. No había lugar para ellos en ese universo blanco, unos comían carne y otros las achuras.

De alguna manera, cuando comamos achuras en nuestro asadito cada día más complejo de comprar, pensemos que cada parte, cada corte, cada nombre, tiene una larga historia. Y que son parte de nuestra historia como país. ■■

